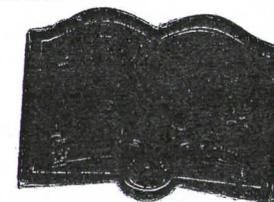


NESTOR PERLONGHER



Poemas completos
(1980-1992)

Edición y prólogo Roberto Echavarren

Con una nota de Reynaldo Jiménez sobre *Aguas aéreas*
y un epílogo de Tamara Kamenszain

Seix Barral  Biblioteca Breve

Alambres

RIVERA

“Pardejón significa el macho toruno que suele encontrarse en las crías de mulas, tan malo y perverso que muerde y corta el lazo, se viene sobre éste y atropella a mordiscos y patadas; que jamás se domestica, y cuyo cuero no sirve, porque los padrillos de las crías lo muerden a menudo; que no tiene grasa y cuya carne tampoco sirve, porque es tan pestífera que ni los indios la comen...; y los paisanos llaman pardejón a un hombre perverso.”

Saldías, Historia de la Confederación Argentina

En las carpetas donde el té se vuelca, en esos bacarats
Vencías pardejón? O dabas coces en los establos de la República
—reducida a unas pocas calles céntricas- ¿qué más?
coces a los manteles? aquéllos que las chicas uruguayas se empecinaban en bordar?
O era la tarde del gobierno con lentos trotes por la plaza
con el cerro copado por los bárbaros pasos de aya en la oscuridad
Héroe del Yaguarón una historia que cante a los vencidos
ellos se arrastran por las ligustrinas ocupadas acaso hay un linde
para esta feroz profanación?
Por qué Oribe no tomó Montevideo antes de que este amor fuera
imposible?
Mi muy querida esposa Bernardina:
he perdido parte de la montura al atravesar el Yaguarón crecido
te ruego envíes el chiripá amarillo y unas rastras;
acá no tenemos ni para cachila, así que si tienes unos patacones
me los mandas
En qué cogollos encopetados andarás? mi ama, mi vecina
Te entregarías a él, mi Bernardina? O a los muchachos de la
Comisión Argentina, que miran con azoro cuando te beso?
Sé que se urden a costa de mí infames patrañas dalés crédito,
algunas de ellas son exactas

Hemos tenido con los unitarios relaciones muy íntimas
Y si no los conociera tan de cerca, qué me uniría a ellos a mí,
un gaucho bruto
si fuera manso y no me diera corcovos en los rodeos
Estamos sitiados, Bernadotte Adónde iremos
después de esta película tan triste

India Muerta

noticiándose del malhadado suceso del 27
volví a sufrir otro revés que nos obligó a pasar el Yaguarón
un poco apurados
yo perdí parte de la montura pero salvé bien desde aquel día
estamos bajo la protección de las autoridades imperiales
que nos protegen y nos respetan en todo aquello que puede ser
para mantener la esperanza de salvar la república
mirar con indiferencia las desgracias del país
un enemigo fuerte y poderoso que tenemos al frente
no me horroriza ni me infunde terror
árbitro de la fortuna de este honrado
pueblo compuesto de patriotas cuyo patriotismo los ha hecho callar
un atrevimiento sin límites
En la frontera de Santa Teresa nada hay nuevo: los enemigos
continúan ocupándola
mi idolatrada Bernardina
en brazos de un poder americano

"...incommensurable, abierto y misterioso a sus pies...

Echeverría

Por qué tan imprudente desafiaba el encono
del potro, de las lanzas, del rebenque: en el lazo
en el voleo de la lonja
en el deseo de caer rendido entre los rudos brazos de Esmeralda
barazo, embarazoso

→ Este deseo no es una trampa que? se tiende acaso? que?: Por nada,
es una trampa que se arma, como
el que montó a caballo y ordenó a un oficial que lo siguiera,
sí, pero a la distancia: y rumbeó al sur

→ el que le dijo a un oficial: Me sigues, chico? (en los rodeos,
se calentaba el mate)

cuyas partidas lo cercaban
y envuelto por un grupo de soldados de Rozas
alzando el anca, dijo: Díganle al que los manda

que se aproxime sin temor, pues estoy solo
que se echa, acaso, en la catrera? la desolada, la Lavalle?

→ uno? dos? el primero? que se echa pierde? el que chorrea? antes
era distinto: echaré un sueño

mientras espero al general
(estoy bastante fatigado
y tengo el sueño ligero)

→ El que llegaba del retén no pudo reprimir un ligero

—estopín, espingarda— sobresalto
como tigresa encadenada echóse
sobre ti, que yacías

en el ligero sueño: encadenada como
la que dormida sueña un general tendido en ese lecho
que, armado; se abalanza

—estopín, espingarda— en la cureña

(rasgada la casaca, afloraban las plumas doradas del chajá, jabonesas)
en esa embarcación, seguido apenas por un oficial (a la distancia)
que miró por la hendija ese despatarrarse de los héroes
—misterioso, a sus pies...

Siempre hay un otro, que después escribe:

"Nunca pensé que esa alba lúgubre sería la última,
ennegrecida por un pardo que me asaltó tras tu parti-
da; sería la mítica, ahora que los azares de la lucha
han dado por el traste con aquel, nuestro breve pero
eficaz encaje: castas como glorietas, penetradas por la
respiración de los vigías (que se hacían la paja —la poé-
tica— tras la débil telilla de la carpa; que mordían ello-
sos nuestras cinturas, palpando los puntos flojos; los
pozos ciegos de la desea: desea de ella, de la Diosa) —
acabó lo que daba: las Renatas y Curzias cabeceamos
en las esplendideces de esa guerra, que a nuestra vera
opácanos: necias las dos, que no habría otra"

CORTO PERO LIGERO

(Y no habría de ser: esa chupada, ese lambeteo: cebado el mate
junto al fogón de los arrieros, que arden de...:
ese descanso de la tropa alzada, en grupas: no
habría de bajarme el chiripá, descendiendo a este
encuentro. Ahora susurra el viento en la ventana
que da al aljibe: hurras blande
no desacordonarme la manea
donde tremolo temblorosa?)

Una historia de sables, de pistolas
De trincheras con flores de sapo y de zarza parrilla
Como hecha a dedo, a pecho
Echada en el camino de Tarija
Por un gendarme ríspido, montés
Trasiego, belicosa?
Belfo y flande
Congoja

Si tuviera que ver este lenguaje
con el terror de esos paisanos
que al ver al General piensan en Hoffman
Si su respiración no moviera las borlas de la cama de Rosas
de Esmeralda

Y él no se lo encontrase, al regreso de un vado, en la catrera:
en el encame jabonoso, como un lagarto entre los lienzos
aparece con labios de obsidiana y perfume de ajeno: huele a chipre

(Si no me hubieras dicho qué pasó
en esa noche de Cañuelas, la última
-un bolero: si bien-
aún te querría?)

Un general moviendo espadas en la sombra
Cacha y espuela, blonda y nácar
Coro de férulas:

Un general que agita los pendorchos
y se entrega al de enfrente, saltando los tapiales
es más mujer que hombre, es más mujer para ser hombre,
hombre de más para mujer: un general,
un artesano de la muerte

Chupa, lame esta hinchazón del español

MOREIRA

"Aquellos dos hombres valientes, con un corazón endurecido al azote de la suerte, se abrazaron estrechamente, una lágrima se vio titilar en sus entornados párpados y se besaron en la boca como dos amantes, sellando con aquel beso apasionado la amistad que se habían profesado desde pequeños."

Gutiérrez

Delia, arrastrándose por ese cuarto descampado, se hacía cargo de ese espanto, esa barba arrancada que babeaba junto a la verga del amigo: de ese despojo, de esa cornamenta

esa lengua amputada deslizando la baba por el barbijo de ese vientre

Y si, querida Delia, ornada Dalia, no le hubieras dejado combatir? Huyendo en ancas con el juez, haciendo estrecho el laberinto? El laberinto de carcomas donde coleaban esos lagartos de las ruinas, esas flores azules de las zanjas?

Ventruda campanilla!
Restallaba!

Si no

hubieras vestido esa pollera de muselina acampanada con flores tan barrocas que parecían no engarzarse y flotar muellemente en las dobleces, en el bies (y el barbijo); y estaban enredadas en el clitoris en los nervios musgosos del estribo.

Oh rusa blanca
botando pozos y lagartos

y pifias de caballos encabritados que se boleaban en el ruedo,
tronchos.
—era la moda Liberty (o Liberty) y cabeceabas espejada entre andamios temblequeantes y casi ponzoñosos

El amigo Francisco

El amigo Giménez

El amigo Julián

con quien descangallada viste esa escena (torpe) de los besos: esa lamida de las lenguas: esos trozos de lenguas, paladares y cristales brillosos, centelleantes, brillosos del strass que

desprendido

de las plumas del ñu hedía en la planicie:

superficial, en balde

—en lo profundo, él y ese pibe de Larsen, en los remotos astilleros, se zambullían en las canteras arenosas, en el vivero del Tuyú, a pocas millas de la tumba

“a vos te dejo ~~dijo~~ el pañuelo celeste con que me até las bolas cuando me hirió ese cholo, en la frontera; y el zaino amarronado; y los lunares que vos creían tener y tengo yo, como en un sueño de comparsas que por sestear pierden la anchura, el sitio justo de la hendidura; y se la pasan cercenados como botijas en el trance: y se los come la luz mala

“y te dejo también esos tiovivos, con sus caballos de cartón que ruedan empantanados en el barro; y cuántas veces ayudé a salir del agua movediza a esos jinetes que fiados en la estrella montan grupas hacia la comadreja; y se los come

“y también esos pastos engrasados donde perdí ese prendedor, de plata, si lo encontrás es tuyo”

LA DELFINA

La Delfina, fumaba

y la puntilla
de la enagua marrón de la Delfina que, ronca, levitaba
y el supremo encendido que miraba, los ojos encendidos, que miraban,
los ojos sin colirio por entre los barrotes de la jaula de la cabeza
de la jaula de López que la corta: corta, cercena y corta: la cabeza
que roma imaginaba desde la pajarera un pañuelo de cuello color lila
como aquellas enaguas que al alzarse, entre la polvareda, blanca, blanca,
fueron su perdición

el pañuelo de cuello – era celeste – con que Delfina retorció
la manivela del paisaje – y aparecían gauchos con carretas tiradas por
alambres – una escena del West americano: ella se levantaba lentamente
la enagua colorada en la tranquera y dejaba escapar un tufo de mejillas
puestas a macerar durante noches

y noches: noches romas: donde ella cabalgaba los caballos gigantes
atada de los pelos, de las crines, parecía flotar en ese despacioso
espacio
en esas noches borlas suprema de los ríos en que el Feroz soñaba con
la daga – a solas con la daga – y los púazos:
y las esquivas del florero vuelan, al desgaire, al garete:
al alzamiento

Fumaba en medio de esos abordajes, de esas patas de palo
y muñones celestes apenas protegidos por una gasa leve y diminuta
Fumaba cuando ella se dejaba caer desde lo alto
de un caballo mancado y misterioso

“...la postrera visión de los gauchos adictos
que huyen a toda furia llevando con ellos a la mujer
a la que amó locamente”

(Molina)

EL CIRCO

soledad del lamé: de lo que brilla
no llora lo que ríe sino apenas la máscara que ríe lo llorado
llorado lo reído:
lo que atado al corcel, lo que prendido
al garfio
de la sogá:
la écuyère: domadora
la que penachos unce por el pelo
prendida a lo que mece: a lo que engarza:
ganchos
 alambres
 jaulas
 animales dorados
 a los aros
 atados a los haros
 halos
 aros:
 la mujer más obesa, la barbuda:
 la de más fuerte toca:
 la enganchada
 en el aire
 en el delirio
 en la burbuja del delirio:
 el mago
 en sus dos partes:
la que cortada en dos desaparece
y la que festoneada por facones
sangra de corazón: la que cimbréase sin red, la que
desaparece

PARA CÀMILA O'GORMAN

Con su sencillo traje de muselina blanca tijereteada por las balas,
 rea
La caperuza que se desliza sobre el hombro desnudo (bajo el pelo
 empapado de cerezas)
Como una anilla de lombriz de tierra que huye
Así ella se levanta
El rueda del sencillo vaporoso de muselina blanca, sin breteles
Los jirones del fux de vaporosa, sencilla (pero blanca)
Como nieve de rata de la noche detrás de los altares
Así huidiza
Como rata que jala del incienso nieve que se disipa
Que tras roer la anilla de vaselina blanca se disipa
En el aire, como una fantasía
De lombriz cuya anilla roen las nevadas ratas de los altares
La infantería colorada partió en persecución de las infantas
Blanca
Como un terror de rata que cernida por las anillas de una lombriz
 de tierra, gualda
Jala la nieve de las guaridas de la noche que se disuelve como un humo
Blanco
Que desbordada
Por los jirones de ese vestido pegajoso, por las burbujas de
 ese encaje
Se trepa a las anillas de una lombriz de tierra que presurosa roe
 los terrones
Que se deja engarzar por esa baba

AMELIA

Y la que vio caer al novio con el frenillo ensangrentado, el glande: quisiera que reapareciera: el glande, ese frenillo de color marrón, como de chocolate, que tascara: el estribo – de aquellas tempestades – y por ello, se disfraza de madre – y sale a los balcones – en el balcón terraza, junto al porch – con un solero antiguo, y un bretel, estirado en la mata; y los increpa: que reaparezca o vuelva, que retorne – siempre esas confusiones – de la vuelta – en la huerta, el hortelano cava las fosas, y la azada, puntea: en la marmórea hialinidad del témpano: esa concupiscencia, esa complicidad glacial, artística: el cuello, el fino cuello, ante sus zarpas. se fue, por los jardines. y le pides que vuelva – por lo menos que manden su cadáver, envuelto en un jubón de percalina (arpillera o brocato) / o sea que venga muerto caminando y se pare ante ti y te diga: chupala – con la banalidad que da la militancia – militancia de bálnalos y ojillos, de floretes y coxas: transplatina, azuzabas la inhiesta – era la hirsuta suegra que desde unas coronas – o unas calas – movía la manivela del tatuaje: alambres y rituales. y poetisas lloronas en el vano. la puerta, al entreabrirse, por un golpe de viento, por un flato, dejaba ver la bota, el chiripá: en esos bailes – pilla – de salón, trochas y marchas. tolerada. por una tolerancia del lenguaje. o sea, que esté de nuevo ahí, en ese sillón, de florcitas inglesas, y alistada, en la mamosa tropa, lo asilaras: en esas embajadas de la caña – y el templo del oviedo. En medio de ese ritmo de pавanas – paraván – pavoneas. en el cruce del clásico. que vuelva, que sea él mismo y no otro. que no trola – y dado por el cable, que se enganchaba por atrás, el nombre – ni brisco. sino que lo devuelvan enterito, con su ferocidad de caracol babeante y fijo. fijeza de la horqueta. jugaban al ahorcado en las mesas – colombianas – de una bar: y de repente – penis!– le piden que-se-identifique: y él dice: soy esclava, llamen al cónsul húngaro. pero éstos eran búlgaros, no albanos. y así se lo llevaron – prendido a unas caronas – y a lo sumo que me den las maneadas que

han hecho con su barba – de unitario. eso, por cajetilla. y aquesto, por judío. banal, banal la pinta de su glande. no era otra la excusa de ese pólder donde te embalsabas. como una vieja austríaca. de vueltas al florero, a la metralla. recuerda, enjuta, sus filosas nalgas: ahí le clavetearon – eso es lo que se tapia. y pululas, hecha una madre ebria, en esas listas, de presos y de muertos. escapada.

MUSICA DE CAMARA

Como esa baba que lamosamente fascínase en la raya: de ese campo:
de un lado: los poliedros ubuescos:

del otro: las liendres polacas:

en ese lado: al lado: esa ladera helada: donde se desparrama:
la babosa:

lamiendo el mismo deshabilé marrón que tantos años lleva
colgado en el ropero entre las perchas de los trajes que
tuvieron alcanfor: y que tuvieron, en las mangas, pistolas:
o de cuero de Rusia o de chinchilla:

el traje de la boda:

deshabilé marrón que al darse vuelta como mano de pulpo
– una pulpa lorquiana – deja ver la presteza de un anillo:
mostaza amanerada: o la amarilla marca de un enano que vomita
y se enanca: en esas correrías – con el deshabilé marrón – y
desabotonado en los pasillos de hoteles calcinados por un
viento nudoso – y desabotonándose ahí mismo en el palier: se la palpa,
nudosa

como esa baba que lamosamente: ante esa mano: ráyase y fascínase:
en la demarcación de esos terrenos áureos: alamedas, ligustrinas
holladas por el paso de un topo, de una veloz gacela: de unos tropos;
esas ropas tiradas al costado del campo

– cuando los desnudaban

y les decían que era para tomar un baño –

dime Delia,

tú crees en esas músicas que tan mortuorias suenan cuando antes
de las ejecuciones batuteamos: y crees acaso en ellas? y crees?
dime si crees

Dime ya, Delia:

creo en esas músicas que como liendres se agaza-
pan tras las axilas de los pobres que condenados a los gases se des-
nudaban en las cámaras y aspiraban el fino – o el bravío – hedor del
mediodía: creo, decime, en esas melopeas de músicos de cámara
que toman la batuta y suenan los violines violentos y los vientos
ventrales cuando ellos se retuercen, desnudos, en el gas: dime más:
dime, creo en las batutas que los ejecutores blanden en ese aire con
leve olor a gas que escupa de las cámaras de música en que el pú-
blico, desnudo y demudado, yace: dime, acaso lo crees? dime sí:
que creo en esos públicos desnudos que yacen demudados cuando
por sus orejas penetran los brumosos sonajeros, los dulces violon-
celos de la cuna, del gas: dímelo ya

LAS TIAS

y esa mitología de tías solteronas que intercambian los peines grasientos del sobrino: en la guerra: en la frontera: tías que peinan: tías que sin objeto ni destino: babas como lamé: laxas: se oxidan: y así "flotan": flotan así, como esos peines que las tías de los muchachos en las guerras limpian: desengrasan, depilan: sin objeto: en los escapularios ese pubis enrollado de un niño que murió en la frontera, con el quepis torcido; y en las fotos las muecas de los niños en el pozo de la frontera entre las balas de la guerra y la mustia mirada de las tías: en los peines: engrasados y tiesos: así las babas que las tías desovan sobre el peine del muchacho que parte hacia la guerra y retoca su jopo: y ellas piensan: que ese peine engrasado por los pelos del pubis de ese muchacho muerto por las balas de un amor fronterizo guarda incluso los pelos de las manos del muchacho que muerto en la frontera de esa guerra amorosa se tocaba: ese jopo; y que los pelos, sucios, de ese muchacho, como un pubis caracoleante en los escapularios, recogidos del baño por la rauda partera, cogidos del bidet, en el momento en que ellos, solitarios, que recuerdan sus tías que murieron en las campos cruzados de la guerra, se retocan: los jopos; y las tías que mueren con el peine del muchacho que fue muerto en las garras del vicio fronterizo entre los dientes: muerden: degustan desdeñadas la gomina de los pelos del peine de los chicos que parten a la muerte en la frontera, el vello despeinado.

EN EL REFORMATARIO

a Inés de Borbón Parma

O era ella que al entrar a ese reformatorio por la puerta de atrás veía una celadora desmayada: calesas de esa ventiluz: Inés, en los cojines de esa aterciopelada pesadumbre, picábase: hoy un borbón, mañana un parma. La hallaban así, yerta: borboteaba. Los chicos se vigilaban tiesos en su torno – y unos se acariciaban las pelotas debajo del bolsillo aunque estaba prohibido embolsar los nudillos, por el temor al limo, pero se suponía que la muerte, o sea esa languidez de celadora a lo cuan larga era en el pasillo, les daba pie para ello; y asimismo, esta mujer, al caer, había olvidado recoger su ruedo, que quedaba flotando – como el pliegue de una bandera acampanada – a la altura del muslo; era a esa altura que los muchachos atisbaban, nudosos, los visillos; y ella, al entrar, vio eso, que yacía entre un montón de niños – y el más pillo, como quien disimula, rasuraba el pescuezo de la inane con una bola de billar; y un brillo, un laminoso brillo se abría paso entre esa multitud de niños yertos, en un reformatorio, donde la celadora repartía, con un palillo de mondar, los élitros: o sea las alitas de esas larvas que habían sido sorprendidas cuando, al entrar en la jaula, se miraban, deseosas, los bolsillos; o era una letanía la que ella musitaba, tardía, cuando al entrar al circo vio caer ante sí a esos dos, o tres, niños, enlazados: uno tenía los ojos en blanco y le habían rebanado las nalgas con una hojita de afeitar; el otro, la miraba callado.

MICHE

El travesti, drapeado entre fantoches de irisable mondura:
monda, monda: ronda, cercena y raspa: la mondura
montada en cardenales, en fetiches: pescuezo de lamé, cuello de gata:
botella atravesada: el irisado almábiga: hortelano:
curva, cencerro y paja:

la travesti
echada en la ballesta, en los cojines
crispa el puño aureolado de becerros: en ese
vencimiento, o esa doblegación:

de lo crispado:
muelle, acrisolando en miasmas mañaneras la vehemencia del potro:
acrisolando:
la carroña del parque, los buracos de luz, lulú,
luzbel: el crispo: la crispación del pinto:
como esa mano homónima se cierne
sobre el florero que florece, o flora: sobre lo que
florece:

el miché, candoroso, arrebolado
de azahar, de azaleas, monta, como mondando, la
prístina ondulación del agua:
crueldad del firmamento
, del fermento:

atareado en molduras microscópicas, filamentosos mambos:
tensas curvas

Pero es acaso la curvación lo que crispa?: lo curvado?
el marqués de Courvel, en la corbeta, atándose el jabot
a una teta de almíbar:
palillo y siliconas

Pero no, no es así?: la curvatura, el glaceado pecíolo
el irisado almíbar de la teta que rancia se desploma
sobre el hombro del marqués que marcado
en esa teta rancio se desploma, cual sobre un pastillero:
es el marqués, la blanca jeta (recta) del marqués, la pulseada:
esos cueros peludos que tan prolijamente depilados dejan ver la cabeza
nudosa de un enano, de un enano grasiento y lujurioso:
prolijas, tersas grasas

—o grasosas
superficies de un crol, de una piscina: en ella,
se zambulle el miché, zampándose la almeja:
en esa cosa
que pudorosa acecha: en esa rosa de un
pecíolo lila: en esa tersa costra del pescuezo:
gillette y afeitadora: en esa barba
que desprendida cae: como babeando: y raya

Mme S.

Ataviada de pencas, de gladiolos: cómo fustigas, madre, esas escenas de oseznos acaramelados, esas mieles amargas: cómo blandes el plumero de espuma: y las arañas: cómo espantas con tu ácido bretel el fijo bruto: fija, remacha y muele: muletillas de madre parapléxica: pelvis acochambrado, bombachones de esmirna: es esa madre la que en el espejo se insinúa ofreciendo las galas de una noche de esmirna y bacarat: fija y demarca: muda la madre que se ofrece mudándose en amante al plumereo, despiole y despilfarro: ese desplume

de la madre que corre las gasas de los vasos de whisky en la mesa ratona: madre y corre: cercena y garabato: y gorgotea:

pende del cuello de la madre una ajorca de sangre, sangre pública, de plomos y pillastres: sangre pesada por esas facturas y esas cremas que comimos de más en la mesita de luz en la penumbra de nuestras muelles bodas: ese borlazgo: si tomabas mis bolas como frutas de un elixir enhiesto y denodado: pendorchos de un glacé que te endulzaba: pero era demasiado matarte, dulcemente: haciéndome comer de esos pelillos tiesos que tiernos se agazapan en el enroque altivo de mis muslos, y que se encaracolan cuando lames con tu boca de madre las cavernas del orto, del ocaso: las cuevas;

y yo, te penetraba?
pude acaso pararme como un macho ebrio de goznes, de tequilas mustio,
informe, almibararme, penetrar tus blonduras de madre que se ofrece, como un altar, al hijo – menor y amanerado? adoptar tus alambres de abanico, tus joyas que al descuido dejabas tintinear sobre la mesa, entre los vasos de ginebra, indecorosamente pringados de ese rouge arcaico de tus labias?

cual lobezno lascivo, pude, alzarme,

tras tus enaguas, y lamer tus senos, como tú me lamías los pezones y dejabas babeante en las tetillas – que parecían titilar – el ronroneo

de tu saliva rumorosa? el bretel de tus dientes?
pude madre?

como un galán en ruinas que sorprende a su novia entre las toscas braguetas de los estibadores, en los muelles, cuando laxa desova, en los botones, la perfidia a él guardada? ese lugar secreto y público? cómo entonces tomé esa agarradera, esos tapires incrustados con mangos de magnolia, aterciopeladamente sospechosos; y sosteniendo con mi mismo miembro la espuma escancorosa de tu sexo,

descargar en tu testa? Sonreías borlada entre las gotas de semen de los estibadores que en el muelle te tomaban de atrás y muellemente: te agarré: qué creías?

VAPORES

lo que en esa goteja raspadura
de barba humedecida el azulejo, o azul-
ejo de barba amanecida, lo
rociado de esa puntillez, el punto de
 esa toca, en el rocío
de esa puntilla que se raspa, o gota
que lamina: porque la mano que ávida raspa, como una barba, el ojo
 azul de esas axilas, o esos muslos – se divisan los muslos en
 la bruma
de humo, en el vapor de esa
corrida: toca rozada, rosa
el lamé, el “por un quítame de allá esas pajas”, o manotazo
 de mojado, papas
de loma en la fundidad, o el resbalón
de esas acaloradas mangas, como fleca
 de sudo: o esa transpiración de la que toca, tocada, ese tocado
ese tocado de manuelitas y ese jabón de las vencidas, sofocadas esa
 respiración entrecortada, como de ninfas
venéreas, en el lago de un cuadro, cuadriculan; cuadran, culan
en el kuleo de ese periplo: porque en esas salas, acalambradas
 de lagartos que azules ejos ciñen, o arrastran, babeándose
por los corredores de cortina, *atrapalhada* como una toalla que se
 desliza, o se deja caer, en los tablones,
de madera, mad, que toca, madra, toca lo madrastral de ese tocado,
 casi gris; pero que en su puntilla, a-
caso deja ver algo? se trasluce esa herida de manteca que el gollo,
 o ese *fólego*, fuellante, en una oreja que no se ve
o no se sabe de qué cara es, en ese surco
 que no se ve, esa arruga
 de la transpiración: azoteas de lama,
donde el deseo en, suave irrisión, se hace salpicadura...

DEGRADEE

recorres en espejo galerías con espejos de mano
 galerías, vítreas, de vidrio y lama, ve
un “viril” virtuosismo, una vidriosidad de escapulados,
 o “pulados”: pues,
porque si en ese abismo, o callecita – baja – el pescuezo
 de la niña –,
porque si ese pezcuello, doblegado
 bajo ese resplandor, nade, espejo que nace, jade y vi-
 drio? jala, y en ese recorrer, del resplandor
lamé, burilo; corta el ruedo, da
 una “terminación”. y si se usa
el deambular brillante, señas de lona verde
– para un ahorcado verde –, verme, por qué no?
si ese desliz, ese arrastrar se
 amplía?
y en el ruedo, de ese pez-cola, aparece un detalle
 en “purpurina”? sobretatuado en el escote, draga
el seno; de ésa que hierde: vidrio cortado, tajo
 luminoso e infecto, cuyos esparadrapos, en el
alcohol de esas miradas que chorrean, en la
 frialidad de ese glacé, o nomás el incienso de ese humo
 cala
la carne del pescuezo, marca los “caminillos” de esa
 horca, como si esa cabeza, de rodar, por enaguas
almidonadas, tiesas, jale lo ase. rima su
asperzeza de pieles vivas, con esa estola de “marrón”
 con que ella
se cubría los hombros? – disimulando esa pilosidad. y lo
 batracio, de ese desfallecer, no lleva
a las patitas de yacaré, estagnadas, o colocadas en una
cierta inercia?...

pero que lo que araña
sí. cala y no calla. no necesariamente, ya que al borde
de aquellas piletas de sarmiento, hay una madre que
se ahoga, y otra que se desnuda, en el palier, delante
de unos oficiales
está esa madre y esa ausencia. el cuadro, enmarcado en
cristal, da el resplandor
de esas arañas paralíticas.

Esa, y acaso la otra.
porque ella, al rodar, por esos pasillitos, azogados, no
padecía el ahogo de esas ligas, y la sofocación de esos
panderos, el
pesar de esos brincos, o pendientes, o anillos, ya
excesivos?

y lo que se recarga, en esa cuenta, no
es la vuelta de más, el disparate
de enjoyados breteles, o el enojo
de un cirio que pendea? deja
caer acaso el celo? de
qué cielo nos habla?

o paniamores, o
chafalonerías de coral, o
strasses como estros...

(grades)

y por las gradas esa estola que
radas rodas, rueda, greda
en el *degrau* – degradable boa, la de esa
moquerie, y cuyos flejos, gelatinosos, lame. losa
la de esa escala. pues en sus ascensiones, o descensos, o
líneas, de laberinto, boas de fleco y
“filipetas”, botas
lo que se pisa: paño
de “pranto” y “maquerie”: machette ruinosa, lo que enella
rolaba, o el rolar de
esos vahos, mohosos, musga el rielar
de ese desliz: pétalo caviloso que, pecado
en su pasmada esplendidez, tremola; vino que áspero
en los rajados torsos se disipa, pringado: gredas o paño,
botas, gelatinas

(lobos)

lebos lobos ajax rodrigo guesavenda
gruesa venda venérea madre selva del ánade
cohonestas ebúrneos mercados
tasa la marca del pito
rito colomí cárpido lesma
leve losa lontano lamé
pero la cercanía del escarpe
arroja lanas desamor ocaso
o no alba fibrosa, no está en ajax
rodrigo al mediodía espinoso
y reblandecido, por lo
tostado de las carnes o escarpe del bozo
enjuta adarga en pliegos de furtivo
jaguar desala y ronda
ronco rebota ronronea
rutila hosco

(Mamparas)

estentóreo vitral trizas del cuello la gorguera manchada como un tímpano por el eco de un flato trema crema lagartija cariosa que en el pecado de esa lavandina – oriental y estentórea – jala del pene de la anciana madre el hilo de una cicatriz. Oh mustio piojo que a su pubis acaramelas de escozores y gargoleantes nimbos de pece-
ra. Pescada peca en el aventurado retirarse detrás de unos jarrones al contemplar el paso de la silla por los estrechos de terracota y mármol en el piso pintado con eructos de epopeyas silvestres. Caudalosa ases el puño del que bate, en un canapé asombrillado, la crema de esos días apagados y marchos como una estalactita que separada de la gruta toma la flacidez de un ano falso. El orificio que se men-
ta y el rapé que se ahueca en el soplor gamado de las cruces que como ligustrinas distribuyen los pasos de las ocas en el juego de almí-
bar y mimbre que gime. Claraboyas semienterradas en el corset de cornucopia alastran en su anillado parpadear la sombra de una cale-
sita empinada sobre los muros de alacranes como un precipitado templo de cantoras.

Oasis de flema que en el amasado carmesí de una sonrisa falsa, como una niña que se traviste o pinta, tasa, pringosa, los jaspes del jar-
dín y los espejuelos al acaso olvidados. El canto de la ajorca está
timbrado de macetuelas poco actuales. El dorso como un vela-
men que se arquea en la senectud de un rimmel pasado o echado a
dos manos sobre las aguas quietas del lavabo. El corte de la pinza
azotea cardenales airados en el pingense monte. Se deslizan por el
moflete acochambrado goterones de pinga de esmirna de “dolores”:
los cálculos la doblan y la almizclan en un perpetrado redoblar de jar-
cias que instilan en el muelle de las aguas internas la precisión de una
piragua, o la pira de las aguas ardientes o fogosas en el vesturario de
los lobos grises. Acuclillan al papa de la argentina y lo obligan a la-
mer el estirado o romo clito de la madre romana, una matrona de cre-
pé y arroz contorsionándose a la velocidad del ganglio o celosía, co-

mo mirilla vigilante abre al flaneur el desdorar de un can o de una cana echada entre almohadones cuya sarnosidad dice del paso, su ázimo olor del pis de otros. Sorbe sin resistir, ya que le obligan, con una agilidad impropia al cargo o a la norma. Levanta áspero del bias del cornillero colonial el hilo de una aguja empantanada e insertible, porque no pincha ni ara el ruedo. Uñas tibias que rasan al demorado olor como martillos en una tez desnuda, depilada. Palpan alérgicas la chinche empotrada en los dos oídos.

Pululan cosquilleos alambrados, cárdenas insensibles, líneas de puntos flacos y aunque borrhoneados pegajosos. Pegajosos de vidrio de ciruela vuelven a hacerse trizas en el cuello gargóleo de marmitas que ella llamaba mámparas.

ANADE, CARACOLES

1.

Arpeador, el arquero
avista – catalejo de lana – el avinagrado banlon, o marmóleo,
la sirena de cola de paja que al zambullirse
en esas aguas azuladas o acaso babas de la ristra
imita un zapateo amerinado, o farfulla diamantes, al caer;
porque en esas elipsis, o blasones del que almidonado se recata,
como en un zalameo, lame el anca
o el grito del quién vive, usurpado por una patrulla sorpresiva
en una noche
cálida, cuyas colas, de sirena despellejada, y renga, avistan al
que arquéase.

2.

En torno al címbalo de una mujer que teje
un sospechado resplandor, borroso
o borracho de limo,
cuenta una a una las plumas del pato.
Ese despojo sanguinolento, o veteado de espumas
por cuyas alas antes plúmbeas
rodaron como en una escritura caracolillos tiesos
o invertidos.

Ese rodar era el temblor
de paja de la mano
del muchacho que tira los dientes en un sándalo
acollarado, el
de los mismos dientes

y el de la cabeza de cola de paja de la sirena que menstruaba:
esa rojez, era su resplandor.

Su suerte,
cual arúspice sudado,

corroía las orlas de yodo y los talones argentinos
y daba clanco el punto de su fuga.

Un punto, perdido en esas orlas.

Acollarado en esas medianeras.

Címbrase.

En el medio de un círculo de plata, billetes, vaquitas de San Antonio,
ese gratuito cisne.

El adivinador no me responde, mira
las peladas sirenas

y deja caer sobre el pellejo del pato su graznido.

Para que arroje las conchas glúteas en la pecera
y dé nombre de pájaro a las fuentes?

Porque en el parpadear de la que teje, como una piel inmóvil,
los obeliscos restallantes, torvos,

hijo del rengu y la mendiga, un colibrí, o un pólipu,

palpean, adheridos a las viscosas, ventosidades, brisas que remedan
el gesto del que echa patos a las chatas.

Ese muchacho, el tufo de sus glúteos

y la mano del ganglio, el bozo

depilado. El carrousel donde prendido a una

sortija se degüella.

3.

Pero la mano que ávida lame muestra el juego
de una fabulación:

en el muchacho que se tira, ardido
aires de densos abanicos, plumas que graznan o
"claveles en el pelo", el halo de una olla, donde hierve,
cisne de entrañas escarbadas y heces
dispersas en un mazo.

Perlas de paño y una colcha
donde se calza el círculo y él danza
abrochado de espejos que dan de sí lo suyo
aspas pastosos ademanos
roba el sello de un gozne, o el chillido
de un pájaro de plata, el acre de sus vahos
y el baño de su pie pringando el cerco, el celo
de los prendedores...
Una mitología de entendidos,
o de sobreentendidos, se desata.

La caca

que de su pecho cae en grandes orlas,
punza el ano del pato.

4.

Anade

Jade

EL PALACIO DEL CINE

Hay algo de nupcial en ese olor
o racimo de bolas calcinadas
por una luz que se drapea
entre las dunas de las mejillas
el lechoso cairrel de las ojeras
que festonean los volados
rumbo al olor del baño, al paraíso
del olor, que pringa
las pantallas donde las cintas
indiferentes rielan
guerras marinas y nupciales.

Los escozores de la franela
sobre el zapato de pájaro pinto
dan paso al anelar o pegan toques
de luna creciente o de frialdad
en el torcido respaldar
que disimula el brinco
tras un aro de fumo
y baban carreteles de goma
que dejan resbaloso el rayo
del mirador entretenido en otra cosa.

Aleve como la campanilla del lucero
el iluminador los despabila
y reparte polveras de esmirna
en el salitre de las botamangas
y en el rouge de las gasas
que destrenzan las bocas
esparciendo un cloqueo diminuto

de pez espada atrapado en la pecera
o de manatí vuelto sirena
para reconocerlos.

Pero apenas los prende de plata
se aja el rayon y los sonámbulos
encadenan a verjas de fierro
para recuperar la sombra o el remanso
del cuerpo derramado como yedra
las palanganas de esmerilo, el caucho
que flota en la redoma
donde se peinan, tallarinesco o anguiloso, el pubis
con un cedazo de humedad.

Y el sexo de las perras
arroja tarascones lascivos
a las tibias de los que acezan
hurtarse del lamé que lame el brin
de marinero que fumando
ve mirar la pantalla
donde los ojos pasan otra cinta
y entretendido en otro lado
mezcla las patas a la ojera
carnosa, que acurrucada en el follaje
folla o despoja al pájaro de nombres

en una noche americana.

Frenesí

El enterizo de banlon, si te disimulaba las almorranas, te las ceñía al roce mercuarial del paso de las lianas en el limo azulado, en el ganglio del ánade (no es metáfora). Terciopelo, correhuelas de terciopelo, sogas de nylon, alambrecitos de hambres y sobrosos, sabrosos hombres broncos hombreando hombrudos en el refocilar, de la pipeta el peristilo, el roeroer, el intraurar, el tauril de merurio. Y el volcán, en aluñadas ágatas, terciopelo, correíta de nácar, el mercurio de la moneda ensalivada en la pirueta de la pluma, blanca, flanca y fumóla en el brumulo noctural. El saurio, al que te dije, deslelicorreaba, descoloría, coloreaba, las errancias gnomosas, como flatos de goma o silicone afluentes en el nódulo del ganglio lenitar, róseo maravedí en carbunclo alzado, lo prometido por las mascaritas, mascaba, macaneaba la mazota. Campanuela de telgopor y el frunce de la "imitación seda", tildaban lentejuelas los breteles, esmirna, pirca de lapislázuli, caramelo, cortióla rompiamor el encaracolado calacrí, el alacrán de la ponzoña abisagrada como esputo, o carpiólo, rompiometió en el carrancudo lince de los senos plastificados el estilete, en la cartera la tronera de una ventana vigilante, el signo del acuario en el mangle movedizo, oleante, arde de las ardillas casi encintas la delicia de la mentirilla linguajar, lúpulo del burdel, pupíla de éter. Corceía el lanzaperfumes su pesadilla de puttos ondulantes, como olas u onduelas bandidejas, bandidas, carricoche en la reja, el espumar, en ruina la inscripción (borradiza) del himen de la verja, el alcahuete paga el servicio de la consumición, ahoga en cerveza lo furtivo del lupanar, tupido, apantallado por maltrechas écuýeres en caballitos de espinafre, la pimienta haciendo arder el sebo carnosu del ánade.

carnaval - río 1984

Convidaba a ruir al forastero bicolor el troj de la heridilla, el rastrojo de nylon del cuelga de las limas brillantadas, borboteantes, por rizar, o retoño, del iris del palacio sororal la espécula de pinza, de piltrafa ataviada, al recoger el meollo de la oruga (campanada de flus) el reventón, contra el murillo cervecero, del pétalo ceniza, el sépalo, la siempreviva de gorgueras, gorgona, la ilustración del brillo por el óleo de orillo metaplásmico, cuyo taladro de metal oía, oye ruinar de los nematelmintos en el cabello cinto de la plata. El rigodón, minuero, al taladrar la mina de jacinto, griselda, insulsa el ruin contrabandea tics de la "banda oriental", si era del bicolor del borda el fuelle. La filigrana filibustera y el ojo de la mano que retoca, cuando disipa el polvo ceniza, cinza de los tocados. La manopla, al destapar la alegoría de los crímenes y las encapuchadas en camisa, de fieltro, al evocar la guillotina de los peplos y la costura de la mañanita, derriban al reloj que da a la sisa la rigidez – o la consolución – de un ano faldo, en rimas de Limoges, en porcelanas y cristalerías de Limoges, en matices vítreos. Las tigresas, por esmaltar el brin, encorsetaban la linotipista, veíasela curtir el afeite polaco de la liendre, alienada, encarpeta en cursos de rimmel solitario y potiche relleno de partidas, o pollos, gallinitas a medio curtir que circuían el bálano militar de la que oye, tras el timbal el pífano de Creso. El maleante, después de atravesar las defensas de tules, los túneles blandos del polietileno, libraba al portador del muelle lastre, lo soltaba al reajo de la incógnita áurea, o arañar, como si de libélulas tratárase, el alguacil del tufo en el aceite aguado de una mandolina retocada, por rebuscada acaso menos lisa, oh sol de verme luminar.

(el rigor de la histeria)

el rompehielos

Alud del aludir: el respostar, reposteril membrana, en el calambre, nítido o niveo, la renda en la gargola, la gárgara de rendas, el gorgotear del pelandrún en la marisca de sofocos, puercoespín, hime nil, el piecesillo de Farabeuf –cuando, al pisca, al ornica, hacía hablar a los peces azules, colorados–, el truco estaba en el tricot de la cadera, en el tricostelón de la Nigeria, acantilar atlántida del oso lenguaraz. El caracol, por darle verme al ristre. La sotreta, recamada de alubias, alicia lesa en una elipsis demasiado estirada, comisura del rictus, come y sura. El huracán del buscapié y el tornado mujer, la brizna del sostén en el pajareo incontenible, el pico al piel del novio y remirándola la prímula, gorgoreo de rusas, engomadas arábigas. Listar del broderie el entusiasmo, intuición del fiestero, al gozador las lenguas se le hacen medias (o inmedias) como estambres. Firuletea el rompehielos, guña al esguince del sotreta montado, soterrado, *sotrozo** de fintas en el reiterarse legañoso, en la grandilocuencia del ventrílocuo vecinal, barrado.

Retornar, rocelar de la ligustrina maniatada, cuyo buril era apagado por una constelación de vidrios focos, de vidrieras rumanas vampirizando el "volga va". Ya vista, la lechuza cairelábese en el menstruar de efobos de azabache, lame el carmín lunares de balles ta. El fechado, al saltar, de los lince el linde pajueril, rímini hosco y limosnero, cernía la cariátide de los atletas en una tirria resinosa, bocina de carbuncló, amarilleante colomí en la lingüiza. La lengüeta, por no el zapato postular, acariciaba en la sordina el ganglio de los africanos, rizado ríe del agror por una rima tan deseada. Y Lita: lituana espúrea –que da a nueve, en el cerbanatar, prurito la congoja, paspa el canto. Rúe, porque unas vestes aún ampáranla.

* *Sotrozo*: Art. Pasador de hierro que atraviesa el pezón del eje para contener la rueda de la cureña.

Cosida, ya que bretel el cancro, lustre el fimo. Sinuosidad de la cerveza, el quicio rebanaba corrales, apios torcidos en el camandulear, contestados condones. Y donceles, y cordones brotados. ¿Coordinar para el torvo la nalguicie, vallejo urdir la fístula luzbélica, y por candir fosforecer el hurto, las “entrañas” asgadas – palafrenero del esfínter en la borbota carmesí? El agudo, si aguado, levitaba al pendor la córnea blanda, íntima. Fosforescencia y glauca. El vegetal, cogido por el níspero, cruza delfines con venablos.

Le daba al africado, pirulera, el cerúleo candor, maromas de aduana, en el dejar pasar de la congonha por la estría porosa. Le preguntaban si había venido de hidroavión por medir el peso de sus glúteos, el fibroma de cincuenta libras bajo los cambaceres del tulcito, leonel mirón de pie en la leonera o liorna de los monos semidesnudos, depilados, la cera negra de Treblinka en el tremor timbrado de la flema. La gema, chal de felpa, yeminal, al conjuro de las malaquitas traicionaba la dureza, ya glacial, del derrame, en la refistolería de morados y *milhos* verdes, pirateados por el malandro en la boca del subte semienterrado, semicorredizo por los ojos de buey de los cinturones y los bagres pintados en la costa con calcomanías de carey. Repujados, altivos. Contorsionistas del desfile, el paseo de los caimanes en la bandolera resinosa. El picoteo de las madreporas en los collares del Vesuvio, el efluvio de pinga en el pingote (“me acarició la yema”) las *borrachas*, flexibles, gárrulas, limosas en el flujo del glande, el fijador acuoso de pegaso lujar, o iglesiesco, líe lioneras de azulejos con polvo de canarios, o de albatros, pájaros prietos en un fondo de cielo azorado. Al azotarla, al blandir la excrecencia pegajosa, la creciente, la ceceosa esmeralda, rotulaba con el blandor de la alegría la estría del goloso, sollozante y fugaz jubiloso. Hazmerreír, de pantas y palmeras, la nevera del bánelo en el banal tambor, el repicar de los badajos en los goteos (acueductos) de una *furiosa farsa*.

Cadáveres

→ sus lecturas con
lecturas

a Flores

- Bajo las matas S
- En los pajonales 6
- Sobre los puentes S
- En los canales S
- Hay Cadáveres S

Rita

soviético

- En la trilla de un tren que nunca se detiene
- En la estela de un barco que naufraga
- En una olilla, que se desvanece
- En los muelles los apeaderos los trampolines los malecones
- Hay Cadáveres

- En las redes de los pescadores
- En el tropiezo de los cangrejales
- En la del pelo que se toma
- Con un prendedorcito descolgado
- Hay Cadáveres

pendiente

hipabstom

- En lo preciso de esta ausencia
- En lo que raya esa palabra
- En su divina presencia
- Comandante, en su raya
- Hay Cadáveres

2024

→ presencia
→ el
→ 2024

quipo de seguridad

- En las mangas acaloradas de la mujer del pasaporte que se arroja
por la ventana del barquillo con un bebito auestas
- En el barquillero que se obliga a hacer garrapiñada
- En el garrapiñero que se empana
- En la pana, en la paja, ahí
- Hay Cadáveres

Precisamente ahí, y en esa richa
de la que deshilacha, y
en ese soslayo de la que no conviene que se diga, y
en el desdén de la que no se diga que no piensa, acaso
en la que no se dice que se sepa...

Hay Cadáveres

Empero, en la lingüita de esa zapato que se lía, disimuladamente, al
espejuelo, en la

→ correíta de esa hebilla que se corre, sin querer, en el techo, patas
arriba de ese monedero que se deshincha, como un buhón, y, sin
embargo, en esa c... que, cómo se escribía? c... de qué?, mas, Con

Todo

Sobretudo

Hay Cadáveres

→ En el tepado de la que se despelmaza, febrilmente, en la
menea de la que se lagarta en esa yedra, inermes en el
despanzurrar de la que no se abriga, apenas, sino con un
saquito, y en potiche de saquitos, y figurines anteriores, modas
pasadas como mejas muertas de las que

Hay Cadáveres

→ Se ven, se los despanza divisantes flotando en el pantano:
en la colilla de los pantalones que se enchastran, símilmente;
en el ribete de la cola del tapado de seda de la novia, que no se casa

porque su novio ha

.....!

Hay Cadáveres

En ese golpe bajo, en la bajez
de esa mofleta, en el disfraz
ambiguo de ese buitire, la zeta de
esas azaleas, encendidas, en esa obscuridad
Hay Cadáveres

Está lleno: en los frasquitos de leche de chanco con que las
campesinas
agasajan sus fiolos, en los
fiordos de las portuarias y marítimas que se dejan amanecer, como a
escondidas, con la bombacha llena; en la
humedad de esas bolsitas, bolas, que se apisonan al movimiento de
los de

Hay Cadáveres

Parece remanido: en la manea
de esos gauchos, en el pelaje de
esa tropa alzada, en los cañaverales (paja brava), en el botijo
de ese guacho, el olor a matorra de ese juiz

Hay Cadáveres

Ay, en el quejido de esa corista que vendía "estrellas federales"
Uy, en el pateo de esa arpista que cogía pequeños perros invertidos,
Uau, en el peer de esa carrera cuando rumbea la cascada, con
una botella de whisky "Russo" llena de vidrio en los breteles, en ésos,
tan delgados,

Hay Cadáveres

En la finura de la modistilla que atara cintas do un buraco hubiere
En la delicadeza de las manos que la manicura que electriza
las uñas salitrosas, en las mismas
cutículas que ella abre, como en una toilette; en el tocador, tan
...indeciso..., que

clava preciosamente los alfiles, en las caderas de la Reina y
en los cuadernillos de la princesa, que en el sonido de una realeza
que se derrumba, oui

Hay Cadáveres

Yes, en el estuche de alcanfor del precho de esa
¡bonita profesora!

Ecco, en los tizones con que esa ¡bonita profesora! traza el rescoldo
de ese incienso;

Da, en la garganta de esa ajorca, o en lo mollejo de ese moretón
atravesado por un aro, enagua, en

Ya

Hay Cadáveres

En eso que empuja
lo que se atraganta,
En eso que traga
lo que emputarra,
En eso que amputa
lo que empala,
En eso que ¡puta!
Hay Cadáveres

Ya no se puede sostener: el mango
de la pala que clava en la tierra su rosario de musgos,
el rosario
de la cruz que empala en el muro la tierra de una clava,
la corriente
que sujeta a los juncos el pichido – tin, tin... – del son-
ajero, en el gargaño que se espata...
Hay Cadáveres

En la mucosidad que se mamosa, además, en la gárgara; en la también
glacial amígdala; en el florete que no se succiona con fruición
porque guarda una orla de caca; en el escupitajo
que se estampa como sobre en un pijo,
en la saliva por donde penetra un elefante, en esos chistes de
la hormiga,
Hay Cadáveres

En la conchita de las pendejas
En el pitín de un gladiador sureño, sueño
En el florín de un perdulario que se emparrala, en unas
brechas, en el sudario del cliente
que paga un precio desmesuradamente alto por el polvo,

en el plvo
Hay Cadáveres

En el desierto de los consultorios
En la polvareda de los divanes “inconcientes”
En lo incesante de ese trámite, de ese “proceso” en hospitales
donde el muerto circula, en los pasillos
donde las enfermeras hacen SHHH! con una aguja en los ovarios,
en los huecos
de los escaparates de cristal de orquesta donde los cirujanos
se travisten de “hombre drapeado”,
laz zarigüeyaz de dezhechoz, donde tatúase, o tajéase (o paladea)
un paladar, en tornos
Hay Cadáveres

En las canastas de mamá que alternativamente se llenan o vacían de
esmeraldas, canutos, en las alforzas de ese
bies que ciñe – algo demás – esos corpiños, en el azul lunado del cabe-
llo, gloriamar, en el chupazo de esa teta que se exprime, en el
reclinatorio, contra una mandolina, salami, pleta de tersos caños...
Hay Cadáveres

En esas circunstancias, cuando la madre se
lava los platos, el hijo los pies, el padre el cinto, la
hermanita la mancha de pus, que, bajo el sobaco, que
va “creciente”, o
Hay Cadáveres

Ya no se puede enumerar: en la pequeña “riela” de ceniza
que deja mi caballo al fumar por los campos (campos, hum...), o por
los haras, eh, harás de cuenta de que no
Hay Cadáveres

Cuando el caballo pisa
los embonchados pólderes,
empenachado se hunde

en los forrajes;
cuando la golondrina, tera tera,
vola en circuitos, como un gallo, o cuando la bondiola
como una sierpe "leche de cobra" se
disipa,
los miradores llegan todos a la siguiente
conclusión:
Hay Cadáveres

Cuando los extranjeros, como crápulas, ("se les ha volado la
papisa, y la manotean a dos cuerpos"), cómplices,
arrodíllanse (de) bajo la estatua de una muerta,
y ella es devaluada!
Hay Cadáveres

Cuando el cansancio de una pistola, la flacidez de un ano,
ya no pueden, el peso de un carajo, el pis de un
"palo borracho", la estirpe real de una azalea que ha florecido
roja, como un seibo, o un servio, cuando un paje
la troncha, calmamente, a dentelladas, cuando la va embutiendo
contra una parecita, y a horcajadas, chorrea, y
Hay Cadáveres

Cuando la entierra levemente, y entusiasmado por el su-
ceso de su pica, más
atornilla esa clava, cuando "mecha"
en el pistilo de esa carroña el peristilo de una carroza
chueca, cuando la va dándola vuelta
para que rase todos... los lunares, o
Sitios,
Hay Cadáveres

Verrufas, alforranas (de teflón), macarios muermos: cuando sin...
acribilla, acrisola, ángeles miriados de peces espadas, mirtas
acneicas, o sólo adolescentes, doloridas del
dedo de un puntapié en las várices, torreja

de ubre, percal crispado, romo clít...
Hay Cadáveres

En el país donde se yuga el molinero
En el estado donde el carnicero vende sus lomos, al contado,
y donde todas las Ocupaciones tienen nombre...
En las regiones donde una piruja voltea su zorrito de banlon,
la huelen desde lejos, desde antaño
Hay Cadáveres

En la provincia donde no se dice la verdad
En los locales donde no se cuenta una mentira
- Esto no sale de acá -
En los meaderos de borrachos donde aparece una pústula roja en
la bragueta del que orina - esto no va a parar aquí -, contra los
azulejos, en el vano, de la 14 o de la 15, Corrientes y
Esmeraldas,
Hay Cadáveres

Así continúa: resaca de un mole
Y se convierte inmediatamente en La Cautiva,
los caciques le hacen un enema,
le abren el c... para sacarle el chico,
el marido se queda con la nena,
pero ella consigue conservar un escapulario con una foto borroneada,
de un camarín donde...
Hay Cadáveres

Donde él la traicionó, donde la quiso convencer que ella
era una oveja hecha rabona, donde la perra
lo cagó, donde la puerca
dejó caer por la puntilla de boquilla almibarada unos pelillos
almizclados, lo sedujo,
Hay Cadáveres

Donde ella eyaculó, la bombachita toda blanda, como sobre
un bombachón de muñequera, como en

un cáliz borboteante - los retazos
de argolla flotaban en la "Solución Humectante" (método agua por
agua),

ella se lo tenía que contar:

Hay Cadáveres

la pija
El feto, criándose en un arroyuelo ratonil,

La abuela, afeitándose en un bols de lavandina,

La suegra, jalándose unas pepitas de sarmiento,

La tía, volviéndose loca por unos peines encurvados:

Hay Cadáveres

La familia, hurgándolo en los repliegues de las sábanas

La amiga, cosiendo sin parar el desgarrón de una "calada"

El gil, chupándose una yuta por unos papelitos desleídos

Un chongo, cuando intentaba introducirla por el caño de escape de
una Kombi,

Hay Cadáveres

mujeres (listo)
La despeinada, cuyo rodete se ha raído

por culpa de tanto "rayito de sol", tanto "clarito";

La martinera, cuyo corazón prefirió no saberlo;

La desposeída, que se enganchó los dientes al intentar huir de un taxi;

La que deseó, detrás de una mantilla untuosa, desdentarse

para no ver lo que veía:

Hay Cadáveres

La matrona casada, que le hizo el favor a la muchacho pasándole un
buen punto;

la tejedora que no cánsase, que se cansó buscando el punto bien
discreto que no mostrara nada

- y al mismo tiempo diera a entender lo que pasase -;

la dueña de la fábrica, que vio las venas de sus obreras urdirse
táctilmente en los telares - y daba esa textura acompasada...

lila...

La lianera, que procuró enroscarse en los hilambres, las púas *con*
Hay Cadáveres

La que hace años que no ve una pija *de cordones
o de botones*

La que se la imagina, como aterciopelada, en una cuna (o cuña)

Beba, que se escapó con su marido, ya impotente, a una quinta
donde los

vigilaban, con un naso, o con un martillito, en las rodillas, le

tomaron los pezones, con una tenacilla (Beba era tan bonita como una
profesora...)

Hay Cadáveres

Era ver contra toda evidencia *como la
de actividad*

Era callar contra todo silencio

Era manifestarse contra todo acto

Contra toda lambida era chupar

Hay Cadáveres

Era: "No le digas que lo viste conmigo porque capaz que se dan *delusión*
cuenta"

O: "No le vayas a contar que lo vimos porque a ver si se lo toma a
pecho"

Acaso: "No te conviene que lo sepa porque te amputan una teta"

Aún: "Hoy asaltaron a una vaca"

"Cuando lo veas hacé de cuenta que no te diste cuenta de nada
...y listo"

Hay Cadáveres

Como una muletilla se le enchufaba en el pezcuello

Como una frase hecha le atornillaba los corsets, las fajas

Como un titilar olvidadizo, eran como resplandores de mangrullo, como
una corbata se avizora, pinche de plata, así

Hay Cadáveres

En el campo
En el campo
En la casa
En la caza
Ahí
Hay Cadáveres

En el decaer de esta escritura
En el borronero de esas inscripciones
En el difuminar de estas leyendas
En las conversaciones de lesbianas que se muestran la marca de la liga,
En ese puño elástico,
Hay Cadáveres

Decir "en" no es una maravilla?

Una pretensión de centramiento?

Un centramiento de lo céntrico, cuyo forward
muere al amanecer, y descompuesto de
El Túnel
Hay Cadáveres

Un área donde principales fosas?
Un loro donde aristas enjauladas?
Un pabellón de lolas pajareras?
Una pepa, trincada, en el cubismo
de superficie frívola...?

Hay Cadáveres

Yo no te lo quería comentar, Fernando, pero esa vez que me mandaste
a la oficina, a hacer los trámites, cuando yo
cruzaba la calle, una viejita se cayó, por una biela, y los
carruajes que pasaban, con esos crepés tan anticuados (ya preciso,
te dije, de otro pantalón blanco), vos creés que se iban a
dedetener, Fernando? Imaginá...
Hay Cadáveres

Estamos hartas de esta reiteración, y llenas
de esta reiteración estamos.
Las damiselas italianas
pierden la tapita del Luis XV en La Boca!
Las "modelos" – del partido polaco –
no encuentran los botones (el escote cerraba por atrás) en La Matanza!
Cholas baratas y envidiosas – cuya catanga no compite – en Quilmes!
Monas muy guapas en los corsos de Avellaneda!
Barracas!
Hay Cadáveres

Ay, no le digas nada a doña Marta, ella le cuenta al nieto que es
colimba!

Y si se entera Misia Amalia, que tiene un novio federal!

Y la que paya, si callase!

La que bordona, arpona!

Ni a la vitrolera, que es botona!

Ni al lustrabotas, cachafaz!

Ni a la que hace el género "volante"!

NI

Hay Cadáveres

Féretros alegóricos!
Sótanos metafóricos!
Pocillos metonímicos!
Ex-plícito!
Hay Cadáveres

Ejercicios
Campañas
Consortios
Condominios
Contractus
Hay Cadáveres

Yermos o Luengos
Pozzis o Westerleys
Rouges o Sombras
Tablas o Pliegues
Hay Cadáveres

- Todo esto no viene así nomás
- Por qué no?
- No me digas que los vas a contar
- No te parece?
- Cuándo te recibiste?
- Militaba? *feh*
- Hay Cadáveres?

Saliste Sola
Con el Fresquito de la Noche *lo cobijaba*
Cuando te Sorprendieron los Relámpagos *de pánico*
No Llevaste un Saquito
Y
Hay Cadáveres

Se entiende?
Estaba claro?
No era un poco demás para la época?
Las uñas azuladas?
Hay Cadáveres

Yo soy aquél que ayer nomás... *Rube Denis*
Ella es la que...
Veíase el arpa...
En alfombrada sala...
Villegas o
Hay Cadáveres

.....
.....

.....
.....

No hay nadie?, pregunta la mujer del Paraguay.

Respuesta: No hay cadáveres. *disputa*
negar